



Primeros suscritores Sus Magestades y Altezas.

AÑO 2.

TOMO 2.º

NÚM. 48.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs.
Tres meses 18 rs.—Seis meses 54 rs.—Un
año 66 rs.

REDACCION Y ADMINISTRACION:
Congregacion, 1, 2.º izquierda.

Se publica todos los domingos.

Valencia 26 Noviembre 1863.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs.—Seis meses
42 rs.—Un año 80 rs.—Estrangero, Cuba y
Puerto-Rico, un año 6 pesos.—América y Asia,
8 á 15.

SUMARIO.

Revista de Madrid, por D. A. Alcalde Valladares.—Teatro Principal, por D. Gerónimo Flores.—El Revés, por D. Enrique Gaspar.—Coronacion del rey de Cambodge.—El Excmo. Sr. Don Serafin Estébanez Calderon, por D. A. Alcalde Valladares.—La peña de Martos: leyenda, por Don José Lamarque de Novoa (conclusion).—¿Qué es amor? (poesía), por D. Ramon de Campoamor.—Un drama en alta mar: novela original, (continuacion) por D. Salvador M. de Fábregues.

Láminas. Coronacion del rey de Cambodge.—El Excmo. Sr. D. Serafin Estébanez Calderon.—Geroglífico.

REVISTA DE MADRID.

Hemos vencido al cólera.
Al fin el Domingo lo hemos arrojado oficial y cristianamente.
Oficial, porque se declara su desaparicion en una real orden de 15 del actual.
Y cristiana, porque mediante esta real orden se ha cantado un solemne *Te Deum* en accion de gracias á la Divina Providencia por habernos librado del tremendo azote.
La iglesia de Santa María de la Almudena, donde tuvo lugar la ceremonia, estaba vistosamente adornada é iluminada, el Sr. Arzobispo de Toledo dirigió desde el presbiterio

una sentida plática dando gracias al Todopoderoso por su misericordia infinita á favor de nuestro pueblo, y por último, concedió 100 dias de indulgencia á los que hubiesen asistido á aquel sublime acto de nuestra religion.

El contento de vernos libres del huésped del Ganges que por espacio de tres meses ha seguido nuestras huellas con cruel encarnizamiento, se veía pintado el mismo dia en los semblantes del numeroso pueblo que pululaba por el Prado, Recoletos y Fuente Castellana para presenciar las maniobras de nuestro marcial ejército.

Eran los dias de S. M. la Reina, y en celebridad de este suceso, además de la guarnicion de Madrid, habian acudido varios cuerpos de los cantones que, tendidos en los paseos que hemos dicho, fueron revistados por el Capitan general de Madrid.

A pesar de lo desagradable de la mañana, no podia transitarse á eso de las tres de la tarde por la calle de Alcalá y avenidas del Prado, donde agolpada la multitud estuvo viendo el desfile por delante del ministerio de la Guerra de aquel brillante ejército, compuesto de diez y seis batallones de infantería de todas armas, ocho regimientos de caballería y dos de artillería montada.

La misma alegría que hemos visto retratarse y estenderse de los semblantes á los corazones, en las ceremonias religiosas y militares, ha empezado á reflejarse en nuestra literatura, amortiguada por el hábito emponzoñado que se cernia en nuestra cargada atmósfera.

Se nos figura un jardin que, pasados los

ardientes rayos del sol de estío, empiezan las flores á abrir sus lozanas corolas bordadas por el trasparente rocío.

Apenas hemos visto despejarse el horizonte y aparecer dias serenos y tranquilos, hemos empezado á admirar las flores de nuestra literatura.

Macía de la Cerda ha publicado un gracioso libro con el título de *El Gorro de mi abuelo*, donde campear chispeantes cuentos y fábulas intencionadas.

Eusebio Blasco tiene en prensa otro libro que, con el título de *los Curas en camisa*, verá en breve la luz pública.

Fernandez Grilo le dá la última mano á su linda coleccion de poesías que pronto serán un ramillete de flores para el tocador de nuestras hermosas.

Amador de los Rios está concluyendo de tirar el tomo VIII de su magnífica obra *Historia crítica de la literatura española*, que dentro de pocos dias saborearán los eruditos.

Por último, el drama de García Gutiérrez, *Juan Lorenzo*, que habia sido condenado por el censor, ha recibido la absolucion del jurado nombrado al efecto.

Los teatros impulsados por la animacion que se estiende desde las calles á los paseos, desde las tertulias á los cafés, empiezan á duplicar sus tareas á fin de recuperar lo mas pronto, si no el tiempo, los intereses perdidos.

El Principe prepara *Los soldados de plomo* que parece los lleva la empresa en los bolsillos, según lo pesada que camina para regenerar el arte. Sin duda hizo el último esfuerzo para regalarnos la *Silla de espinas*, que el público

rechazó, porque está decidido por las butacas cómodas y muelles.

Novedades que ha luchado brazo á brazo con el cólera, que ha sobrevivido á sus estragos, y que por último lo ha vencido en batalla campal, ha logrado llamar la atención del público con la comedia de magia *Batalla de Diablos*, donde el pintor escenógrafo Muriel ha hecho gala de su talento. Las diez y nueve decoraciones de la obra son los verdaderos atractivos que pasarían desapercibidos completamente si el pincel se separase de la pluma. Novedades merecía por su constancia y su decisión esta victoria sobre sus contratiempos.

La empresa del teatro Real, después de volar de Corte en Corte buscando notabilidades filarmónicas como si se tratara del descubrimiento de un nuevo mundo, reúne bajo la costosa techumbre del coliseo á la prensa madrileña, como Colon reunió á los doctores y teólogos para decirle, no como éste que palpita un gran pensamiento en su frente, sino que callaba á su alrededor un mundo de gargantas.

La señorita Civilí sigue peregrinando todavía por las capitales vecinas creyendo que el cólera aun vá colgado de la cola de su vestido. Los restos de su compañía que permanecen en Madrid en tanto viven como los camaleones.

El Circo, después del *Amigo de confianza*, traducción en un acto sin ninguna importancia, puso anoche en escena otro arreglo titulado el *Suplicio de una muger* de que nos ocuparemos en la revista venidera. Es verdad que entre estas dos plantas exóticas han colocado una indígena titulada *La celosa de sí misma*, en que Matilde ha interpretado fielmente los bellos pensamientos é intencionadas frases de Tirso.

La zarzuela dice: *morituri te salutant*.

A. ALCALDE VALLADARES.

EL TEATRO PRINCIPAL.

Durante la semana hemos oído en este coliseo las óperas *I Puritani* y *Semiramis*, la linda comedia de nuestro querido amigo Don Enrique Gaspar, *Cuestión de forma*, *Venganza catalana*, *Angela*, *Doña Mencía* y dos zarzuelas.

En la ópera *I Puritani* la señora Passerini se distinguió como siempre, sobre todo en el aria del acto segundo, cuando dice con tanta expresión en el andante *jah! rendetemi la speme*, y en el alegre que mereció los honores de la escena en medio de nutridos aplausos. El señor Pavani cantó esta ópera como pocos pueden hacerlo, tanto por la tesitura como por el estilo. En el cuarteto del acto primero dijo admirablemente la frase *á te o cara*, mereciendo espontáneos aplausos.

El señor Fárvaro como siempre aplaudido; pero sobre todo en el dueto del acto segundo en la robusta frase *gridando libertad*, á cuyo final fue llamado á la escena con el bajo señor Maini.

El señor Maini, aunque homogénea su voz, es de buena calidad y dulce timbre, y el público le escuchó con gusto aplaudiéndole en los dos duos con la tiple y el barítono.

Los coros bien ensayados.

Un verdadero acontecimiento teatral tuvo lugar la noche del miércoles con la representación de la grandiosa ópera *Semiramis*.

No sabíamos qué aplaudir mas, si la armonía del conjunto de voces ó á cada uno de los artistas en general.

La señora Passerini fue la heroína de la ópera y con verdadero entusiasmo se la colmó de prolongados aplausos obligándola á salir á la escena multitud de veces.

Ya en nuestra revista anterior dijimos lo mucho que había ganado esta célebre artista, pero nunca creíamos que llegase á cantar *La Semiramis* con tan buena, por no decir mejor ejecución, que la mas acreditada artista de los teatros extranjeros.

La señora Sanchioli admirable especialmente en el difícilísimo duo del acto segundo y el del final, mereciendo los honores de la escena en medio de nutridos aplausos y espontáneas muestras de complacencia.

El señor Fárvaro cantó con notable maestría y expresión, obligándole á salir al palco escénico en el terceto del primer acto y en cuantas piezas de canto tomó parte.

Donde el entusiasmo creció de punto y no recordamos otro parecido sino cuando vimos á la Lagrange, fue en el duo del acto final cantado por las señoras Passerini y Sanchioli, los *bravos* se repetían sin cesar en medio de una aterradora salva de aplausos.

No menos parte que los artistas la tuvo en la ejecución de toda la ópera el señor Don Leandro Ruiz que con perfecta maestría dejó oír toda la música con la precisión mas absoluta.

Podemos vanagloriarnos de tener en nuestro teatro la mejor compañía de ópera que existe hoy en los teatros de España, y de seguro que el público de Madrid y la prensa se ocuparían con predilección de estos artistas, si como nosotros les hubiesen visto la noche del miércoles, de feliz recuerdo para ellos y para el público.

No sirvan estas justas alabanzas para aménorar el interés de agradar al público, sino por el contrario para que cada vez se hagan mas dignos de los estrepitosos aplausos con que se les ha coronado en la *Semiramis*.

El Sr. Diestro puede vanagloriarse de haber presentado ante el público de Valencia mejores artistas que al que acude en la corte al régio coliseo.

GERONIMO FLORES.

EL REVES.

El hombre entre sus infinitas aberraciones ha cometido la de negarle al revés todo derecho, rindiendo de esta manera tributo á uno de sus infinitos ídolos, conocido con el nombre de esterilidad.

El derecho es para él el salvo-conducto de los objetos como la cara lo era el del viajero bajo la forma de un pasaporte.

La policía, sin embargo, comprendiendo que la cara era lo que menos caracterizaba al individuo, ha dejado de pegársela al papel y el trashumante puede ya viajar libremente sin tener que llevar siempre la cabeza en el bolsillo.

Si deber es la idea correlativa de derecho, nadie tiene esta prerrogativa mas merecida que el revés.

Un calcetín tiene anverso y reverso.

El primero nos presenta una tersa superficie cuya suavidad nos seduce.

El segundo, por el contrario, sirve de cómplice á los nudos y cabos de aquella trama, dejando que las costuras, como los vicios de la humanidad, se desarrollen en su seno mientras la cara los encubre con la máscara de la hipocresía.

¿Y qué uso hace el hombre del calcetín?

Dejarle al zapato todos los privilegios de un suavísimo contacto y meter sus pies desnudos en el tormento de las cuñas.

Si el hombre ha de propender á su conservación, ¿cuál era su deber en este caso?

Ponerse los calcetines del revés.

Luego el revés tiene un derecho sobre el hombre; pero el hombre siempre usa al revés de su derecho.

La humanidad conoce el bien; pero tiene una tendencia marcada hácia el mal.

Todos hemos visto en algun circo el espectáculo del hombre mosca y hemos aplaudido la habilidad del funámbulo que camina con los pies por el techo.

Es decir, que un calcetín puesto del revés escita nuestra hilaridad, al paso que nos conduce al entusiasmo un individuo que anda del revés.

En el primer caso nos reímos de la razón, en el segundo admiramos la inconveniencia.

Decididamente el hombre tiene la inteligencia del revés.

Si cualquiera dice que va al café porque se dirige al establecimiento donde se espense la infusión, no hay razón para que el que vaya á la taberna no diga á su vez que se marcha al vino.

Un malvado se arrepiente y su madre dice con orgullo:

—Parece que le hayan vuelto del revés.

Pues volvamos la oración del revés, ó como dicen vulgarmente por pasiva y tendremos á un hombre bueno convertido en criminal.

Su madre esclama con dolor:

—Parece que le hayan vuelto del revés.

Decididamente el revés no es mas que lo contrario de lo que piensa ó cree cada individuo.

Los árabes escriben al revés que nosotros; en cambio para los árabes nosotros escribimos al revés que ellos.

Preguntadles á los chinos quién tiene razón, y os contestarán que todos escriben al revés que en su casa.

Yo creo que la tolerancia debía influir en el anverso y reverso de las cosas procediendo con equidad como en los talones de las medias. Una vuelta del derecho y otra del revés.

La consecuencia es lo que simboliza el juicio del hombre; el hombre, sin embargo, se rie del que no tiene mas que una idea fija y le llama loco.

Examinemos sus hechos.

Un demente por amor no piensa mas que en su objeto amado.

En cambio un cuerdo explota el corazón de cuantas mugeres saluda.

Del primero dicen que está loco.

Del segundo ¡Qué loco es este muchacho!

Aquí tropezamos con una contradicción incontestable.

Del enagenado no puede decirse que tiene el juicio del revés, porque su manía va siempre derecha al mismo asunto que en su época de lucidez.

Tampoco le falta la razón, por cuanto su locura no es mas que una exhuberancia de la razón que le indujo á amar á una muger en su período de cordura.

Como no puede decirse de un vaso que esté vacío porque el agua se vierta por los bordes.

Veamos el segundo ejemplo.

Un hombre solo puede casarse con una muger; pero enamora á quinientas. No puede amarlas á todas por la sencilla razón de que el amor no admite fracciones en su absoluto dominio.

Por consiguiente ó procede sin saber lo que se hace, ó sus fines no son los mas rectos.

En cualquiera de los dos casos, ¿le asiste la razón? No.

Pues si no le asiste es que le falta.

Y al que le falta la razón se le llama loco.

Yo creo que esto no sea discurrir al revés.

El vulgo no piensa así; pero dejemos á cada loco con su tema y sigamos el nuestro.

Un padre sale á paseo con su hijo y se dirige hacia la Fuente Castellana.

El niño, á pesar de sus pocos años, tiene un juicio recto y discurre con lo que se llama el sentido comun.

Un elegante milord pasa con la velocidad del viento por su lado; pero supongamos que el viento es manso y que le permite ver dos caballeros en el pescante, uno de los cuales chasquea el látigo y conduce de las riendas un brioso tronco.

Detrás de ellos, abrazado á una caña de indias y tieso como un espárrago, se deja llevar muellemente sentado sobre un cojin un individuo lleno de entorchados y cordones, cuyo resplandeciente aspecto le hace esclamar á la inocente criatura:

—¿Ese es algun general?

—No, le responde el padre; es el lacayo.

—Entonces van al revés.

—No; al derecho.

—¿Qué es entonces el revés?

En aquel momento un hombre le señala á otro la cara con el dorso de la mano y el padre esclama:

—Eso.

—No, papá, eso es un bofetón.

—Pues bien, hijo, el revés no es mas que un bofetón que le dá de cuando en cuando el capricho al sentido comun.

ENRIQUE GASPAR.

Octubre 65.

CORONACION DEL REY DE CAMBODGE.

El día 3 de Junio de 1864 se celebró en Udang la coronación del rey de Cambodge: hé aquí algunas noticias sobre dicha coronación.

En la mañana del citado día la legación francesa se trasladó á Houdon; el jefe de estado mayor, delegado por el gobernador para presidir el acto de la coronación, había convocado los capitanes y oficiales de los buques. El rey les había enviado elefantes y carros; y llevaban por escolta una sección de soldados de marina. A las ocho y media el rey indicó al jefe de estado mayor, el comandante Desmoulins, que todo estaba dispuesto, y los oficiales franceses se dirigieron al palacio, donde los siameses esperaban.

Al abrirse las puertas del recinto los concurrentes contemplaron los primeros rasgos de la decoración; la gran calzada que conduce al recinto interior del palacio estaba adornada con dos filas de mástiles, y por todas partes se veían quitasoles de variados colores, y algunos enormes elefantes, cuyos largos colmillos se hallaban cubiertos de paños verdes, miraban pasar á los convidados con esa magestuosa inmovilidad que parece peculiar de esos colosales.

Los oficiales franceses entraron en la pagoda dispuesta para la ceremonia, y la música dominaba el ruido de la muchedumbre; en tanto que el rey recibió á los oficiales cordialmente, y que el intérprete siamés Phya-Mantri-Surigwanse les saludaba con desembarazo, los soldados franceses se colocaban en el gran salón. En el centro de la pagoda se veía un trono debajo de quitasoles de tela recamada de plata, delante un rico sofá, un asiento para el rey, y la mesa donde se hallaban los atributos de su soberanía; á derecha é izquierda sillones y sillas en dos filas paralelas; la legación francesa se colocó á la derecha del rey, y la siamesa á la izquierda.

Después de algunos preliminares el rey mandó que le llevaran su reloj, hizo constar que había llegado la hora y advirtió que iba á prepararse para la ceremonia del agua. En la puerta principal de la pagoda se elevaba

un dosel blanco, al que se subía por unas gradas. Pronto reapareció el rey vestido solamente con un calzon corto, quedando desnudo todo el busto. Delante de él una urna de plata dejaba escapar por medio de un tubo encorvado lleno de agujeros una lluvia de agua lustral; el primer hechicero de palacio sostenía junto al rey el vaso de elección y una concha marina bordada con hilo de plata.

El rey llamó al comandante Desmoulins para dar principio á las abluciones, éste recibió la concha de manos del hechicero y arrojó sobre la cabeza y hombros de S. M. las aguas de la purificación, cediendo su lugar al enviado siamés, que hizo otro tanto, desapareciendo luego el rey para trasformar su tocado, en medio de la satisfacción general y de alguna que otra sonrisa.

Cuando el rey reapareció se sentó en el sofá; llevaba una casaca de tisú de oro raída y sucia; el faldellín rojo de seda que le cubría las caderas y la mitad del cuerpo, dejando desnudas las piernas, y llevaba igualmente desnuda la cabeza. En cambio S. M. había adornado sus orejas con algunas hojas verdes delicadamente colocadas y dirigidas hacia la frente, como el rudimento de una corona de triunfador.

El rey recibió del gran sacerdote otra agua con la que se lavó la cara y mas hojas verdes que colocó con gracia en las orejas: la música religiosa, esto es, el *rum-rum* de las conchas y la *tam-tam* de los tambores servían de acompañamiento.

El rey, encogido sobre el sofá, se volvía sucesivamente á los hechiceros que le rodeaban y que le dirigían ciertas palabras sacramentales.

El enviado siamés tomó entonces la corona que estaba sobre la mesa y la entregó al comandante Desmoulins, éste la puso en manos del rey, que trató de cubrirse con ella; pero la corona era demasiado pesada, y el jefe de estado mayor tuvo que ayudar al rey á colocarla sobre la cabeza, fijándola por medio de unos zarcillos de metal que agarran como anzuelos en el lóbulo inferior de la oreja.

Cuando la corona estuvo asegurada, el rey se puso muy alegre y manifestó que iba á anunciar la novedad al pueblo. En efecto, pronto las detonaciones de la artillería saludaban al nuevo rey, haciendo regocijar sin duda los corazones de sus súbditos.

Faltaba la última consagración, pero era personal de S. M. El rey se colocó sobre el sofá que estaba delante del trono, y el gran sacerdote le llevó dos estatuillas sagradas que colocó un momento sobre sus rodillas; después le presentó sus armas, entre ellas dos magníficas vainas de sable, las cajas y utensilios de su uso personal, y sobre cada uno de estos objetos el rey ponía las manos, los tocaba, los consagraba, los apropiaba á su nueva posición de rey coronado. Terminó esta escena calzando el rey unas babuchas de oro y subiendo al trono cubierto con el quitasol, que esperaba hacia tiempo el fin de la coronación, pues las primeras ceremonias se habían efectuado en el mes de Febrero.

EL EXCMO. SEÑOR

D. SERAFIN ESTEBANEZ CALDERON.

Hoy, cuando tanta celebridad de oropel se agita en nuestra orgullosa sociedad, hoy, cuando tanto mercader de la literatura se revuelve engreído y altanero entre nuestras miserias y debilidades; hoy, cuando tantas reputaciones se crecen y se agigantan sobre el deleznable pedestal de una vergonzante gaceta; hoy, volvemos á repetir, se ensancha el corazón al tropezar con un hombre de la

inteligencia y los conocimientos del que es objeto de esta biografía.

Sin ruido, sin impaciencia y hasta ocultando su verdadero nombre bajo el pseudónimo del *Solitario*, el Sr. Estebanez Calderon ha sabido conquistarse un nombre tan popular en España como conocido en muchas naciones de Europa.

Llega á tanto su modestia, que hoy tratando unos editores de publicar sus obras coleccionadas, no solo no ha permitido reunir las, sino que no ha querido revelar los lugares donde se hallan diseminadas. De seguro que si varios de sus amigos no cuidasen por interés á nuestra literatura de llevar á cabo esa operación, muchas de sus lindas producciones morirían lastimosamente perdidas.

D. Serafin Estebanez Calderon nació en Málaga por los años de mil ochocientos, donde recibió las primeras nociones de instrucción primaria y estudió lengua latina con los clérigos menores.

Los padres Cordero y Garrido, conocidos por su ciencia y su ilustración, fueron sus maestros en filosofía y matemáticas, con lo que concluyó su educación en su ciudad natal.

Concluida esta que podemos llamar juventud de la enseñanza en que desplegó las primeras galas de su indisputable talento, pasó á Granada á continuar su carrera, que tuvo su complemento con el estudio de la jurisprudencia.

Aquí remontó tanto su vuelo, levantó tanto su reputación que pagando un tributo de gratitud á su precóz inteligencia, el gobierno constitucional que se inauguró el año de 1820, le confirió la cátedra de literatura y retórica de aquella universidad, que desempeñó hasta la conclusión de su carrera.

Desde esta época empezó á señalarse como un nuevo astro que venía á aparecer en el horizonte de nuestras letras.

Los periódicos de aquel tiempo contienen muchas de sus primeras poesías que se distinguen por su buen gusto y castizo language. Poco después el público las saboreó en un lindo tomo de que apenas hoy se encuentra un ejemplar.

Recibido de abogado regresó á Málaga su patria, donde ejerció su profesión al mismo tiempo que desempeñaba los cargos que le confiaban sus conciudadanos. Allí también siguió su favorita afición á la literatura.

En 1830 se trasladó á Madrid donde adquirió una gran nombradía bajo el pseudónimo del *Solitario*. Entonces empezó á publicar en un periódico titulado *Las cartas españolas*, aquellos deliciosos artículos de costumbres andaluzas que rebosando verdad y gracia son como dice el erudito crítico Valera «un dechado de perfección como language y estilo.»

Estos artículos fueron los que mas tarde, á ruego de sus admiradores, coleccionó en un tomo bajo el título de *Escenas Andaluzas* que ilustró con preciosos dibujos D. Francisco Lameyer y cuya primera edición se agotó en poco tiempo, no habiéndose hecho otra por la indolencia habitual de su autor y por el desprecio hacia sus intereses de nuestros editores.

Por esta época dirigió también con especial acierto el *Diario de Administración*, al mismo tiempo que por encargo del Gobierno escribía un *Manual de Administración* en cuya ciencia tenía especiales y profundos conocimientos.

Nombrado en 1834 auditor general del ejército del Norte, sufrió por tres años los horrores y penalidades de aquella desastrosa guerra civil.

En 1836 fue nombrado Gobernador civil de Logroño, cuyo cargo desempeñó hasta que estalló la revolución que tuvo su fin en la Granja, en cuya época obtuvo licencia para pasar á Madrid á restablecerse de una enfermedad que le proporcionó la caída de un caballo.

Desde este tiempo hasta fines del mismo

año que fue nombrado Gobernador de Sevilla, volvió á sus tareas literarias escribiendo la interesante novela titulada *Cristianos y moriscos* que tanta aceptación obtuvo del público y de la prensa.

También empezó por entonces á formar su colección de antiguos romances y canciones que como él dice, son la fisonomía mas exacta de nuestro pueblo. Los muchos materiales que tiene reunidos sin duda le han de valer algun dia los aplausos de la posteridad.

Como hemos dicho, nombrado Gobernador de Sevilla desempeñó este nuevo destino hasta 1838, y en el cual prestó grandes servicios á la Administración y á las letras. A su iniciativa se debe la fundación del Liceo Sevillano y la creación del Museo donde recogió infinidad de objetos preciosos y libros estimables que formaron una biblioteca notabilísima.

Estas mejoras unidas á las útiles reformas que introdujo en la Administración empezaban á dar sazonados frutos cuando sobrevinieron los sucesos de Noviembre del mismo año y dimitió el destino, si bien pronto volvió á la política activa mereciendo el honor de representar á Málaga en las cortes de 1838, 46 y 47.

En 1844 cuando se pensó en la guerra de Africa que al fin se llevó á cabo quince años despues, escribió un libro titulado: *Manual geográfico é histórico del imperio de Marruecos* que le abrió las puertas de la Real Academia de la Historia.

Cuando la expedición en Italia de 1849 á pesar de que pertenecía al Supremo Tribunal de Guerra y Marina marchó con el general D. Fernando Fernández de Córdova en calidad de auditor general en comision de aquel ejército.

La importancia que merecia al Gobierno el Sr. Estébanez Calderon fue la causa de aquel nombramiento que tenia que rozarse con graves cuestiones políticas y religiosas y tomar una parte activa en su resolución.

El Sr. Calderon recorrió casi toda Italia trabando amistad con los mas célebres literatos de aquel encantado pais, del que trajo curiosos objetos, cuadros preciosos, libros de gran estima y raras monedas, con que enriqueció su biblioteca y su monetario que son notables por mas de un concepto.

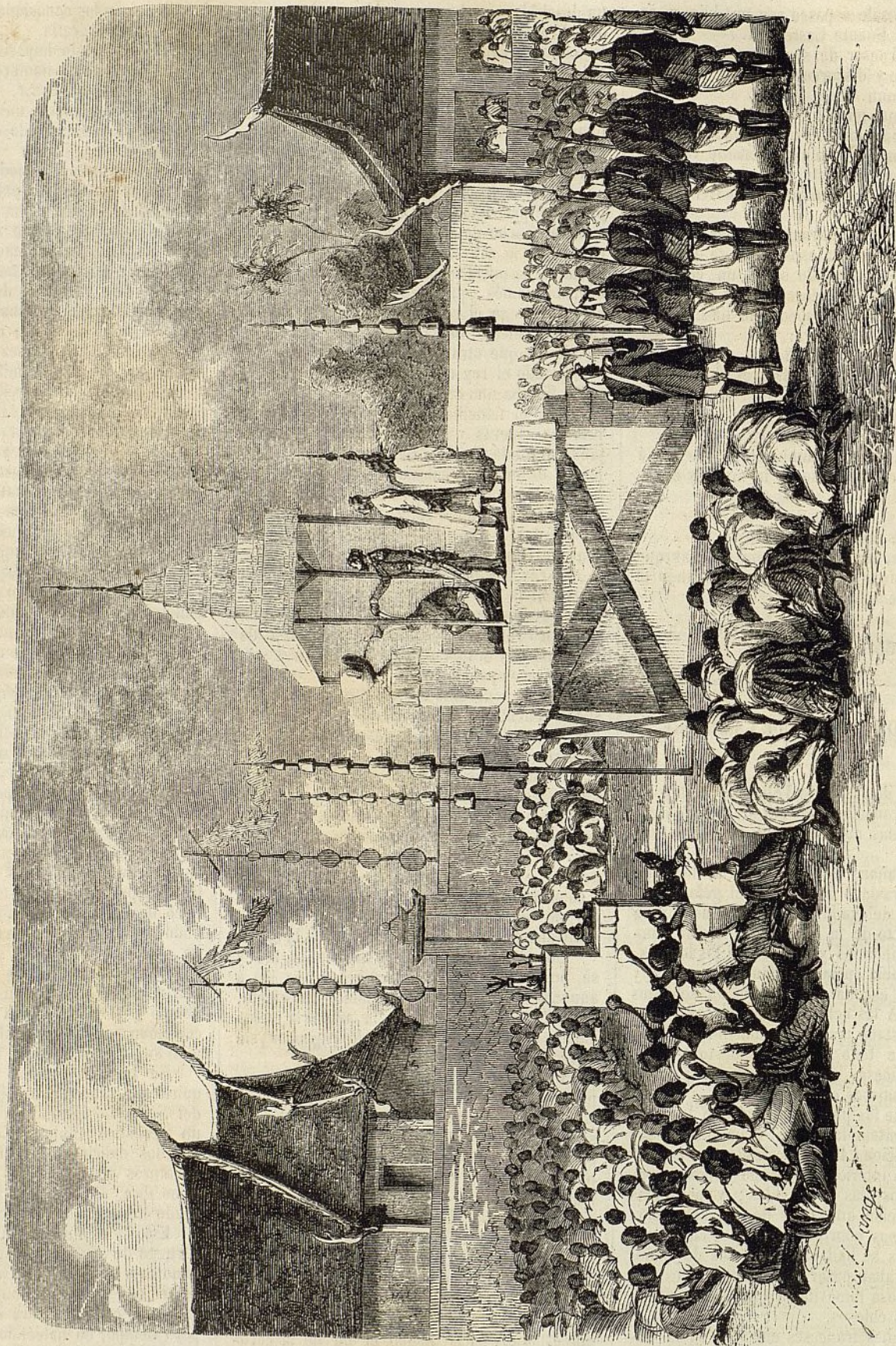
El Sr. Estébanez Calderon es en la actualidad Consejero de Estado y Senador del Reino, habiendo merecido entre otros honores y distinciones la gran cruz de Isabel la Católica, y á pesar de que hace muchos años que no figura en la política militante, en las legislaturas de 1857 hizo algunos discursos de oposicion en que brilló por su facilidad, su intencion y su originalidad.

Lo mismo en sus discursos que en sus conversaciones es apasionado y enérgico, lo

que le hace captarse la atención de los espectadores.

No sabemos si por incuria ó por demasiada modestia, además de que como hemos dicho, no consiente en revelar el paradero de muchas de sus obras, abandonando á veces interesantes materiales, como ha sucedido con los innumerables datos que tenia recogidos para la Historia de la infantería española que se debe á una casualidad, el que despues de haber revuelto todos nuestros mejores archivos, y haber reunido un caudal inapreciable de noticias raras, y peregrinos documentos, no tuviera que repetir el *Hos ego versiculos feci* de Virgilio.

Desde 1832 casi son innumerables los periódicos en que ha escrito el Sr. Calderon, luciendo en todos su vasta erudición, su sal



CORONACION DEL REY DE CAMBODGE.

ática, su gracia inimitable, sus galas de estilo y su privilegiada originalidad.

A los concienzudos e inteligentes editores Sres. Giner y Rayon que hoy tratan de coleccionar sus obras no podemos menos de recomendarles además de las citadas en estos apuntes las que se encuentran diseminadas en *El Español*, *El Heraldó*, *El Eco del Comercio*, *El Correo español*, *El Boletín de Comercio*, *El Corresponsal*, *El Guadalupe*, *La Revista militar*, *El Liceo* donde está su lindísima poesía á la golondrina, *El Correo de la moda*, donde existe un idilio de gran mérito, *La Revista de teatros* donde están sus *Cuentos de la Alhambra* que tienen todo el sabor de las leyendas árabes, *El Mundo pintoresco*, *La Ilustración* y otros periódicos y revistas que fuera demasiado prolijo enumerar.

De la Historia de la Infantería española que debia ser su obra maestra ha publicado algunos fragmentos que hasta los escritores extranjeros han encomiado hasta las nubes, pidiéndole las fuentes donde ha bebido tan portentosos conocimientos. En *La América*, *La Revista militar* y otras publicaciones está la descripción de la batalla de Garillano, el cuadro de los Almogabares, y el bosquejo sobre el arte militar entre los árabes, cuyos tres trabajos bastarian á labrar una inmensa reputación.

Con toda intencion hemos dejado hasta el final de esta biografía de hablar del mayor servicio que el Sr. Estébanez Calderon ha hecho á las letras de su patria. Desde sus primeros años habia demostrado una afición decidida por el cultivo de la lengua árabe, en la que adquirió grandes y profundos conocimientos. El Sr. Calderon, unido al célebre orientalista D. Pascual Gayangós, han logrado estender esta afición entre nuestra juventud, que puede decirse que gracias á sus esfuerzos y constancia se cojen hoy los frutos de aquel provechoso trabajo.

Muchos son los jóvenes que deben á ellos su autoridad en esta olvidada materia desde 1820 en que murió D. José Antonio Conde. Los malogrados Alex y Malo de Molina, Moreno Nieto, Lafuente, Alcántara, Leon, Bendicho, Riano, Simonet, Saavedra y otros muchos que hoy se distinguen en las lenguas orientales deben á ellos sus conocimientos.

El Ateneo de Madrid fue el palenque donde estos dos atletas establecieron el plan de campaña que tan buenos resultados ha dado. *El Semanario español* de 1848 contiene el luminoso y concienzudo discurso que el Sr. Calderon leyó en la apertura de uno de los cursos y el cual es la fotografía del pasado y presente de estos estudios.

También tiene escrita y preparada para incluirla entre las de la Academia de la Historia, una excelente memoria que trata de las expediciones y aventuras llevadas á cabo en tierra de moros por milicias cristianas al servicio de los infieles. Estas noticias están tomadas en su mayor parte de las crónicas é historias árabes.

Además tiene el Sr. Calderon muchos

cuentos, poesías y artículos que no han visto la luz pública ni la verán si alguna persona no se toma interés en no privar á nuestra litera-

humor y la gracia andaluza de que sólo son una exacta copia la mayor parte de sus escritos.

A. ALCALDE VALLADARES.

LA PEÑA DE MARTOS.

(Conclusion.)

V.

La voz de la Conciencia.

En Kiurin la musulmana,
Ciudad populosa y bella,
Que por las cristianas huestes
De Jaen el nombre lleva;
La que prados de esmeralda
Cabe sus muros ostenta,
Que el Darro en su lento curso
Con sus claras linfas riega;
Entre el agitado pueblo
Ansiedad profunda reina,
Y el bronce herido en las torres
Con tristes sones espresa
Que por la salud del rey
Plegarias el clero eleva.
Sí, que el misero monarca
De terror el alma llena,
Del cielo espera el alivio
Que le negara la ciencia.
Misterioso mal le aflige,
Largas noches pasa en vela
Y ensangrentados fantasmas
Le persiguen y atormentan.
Tal vez sediento de vida
Al campo su afán le lleva,
Mas triste el campo á sus ojos
Cual la ciudad se presenta,
Rojo vé el azul del cielo,
Rojo el sol y las estrellas,
Y hasta las aguas del Darro
Un mar de sangre le muestran.
Entonces torna á su alcázar
Con faz triste y macilenta,
Mas del pueblo oye á su paso

Esta predicción horrenda:

—¿Visteis al rey? Ah, su rostro
Su fin próximo revela.
—¿Cumple hoy el plazo?—Mañana.
¡Dios su perdon le conceda!—
Y en vano sus servidores
Oficiosos le rodean;
E ilusiones y esperanzas
En vano mostrarle intentan;
Que él nada escucha: en su mente
Reina tan solo una idea....
¡Mañana...! el fatal mañana
De pavor su sangre hiela,
Sonando siempre á su oído
Con entonación siniestra.
Como Baltasar, que escrita
Vió en el muro su sentencia,
Figúrase en las paredes
De su morada opulenta
Ver el ¡mañana! terrible
Que le acongoja y aterra.
En caracteres de fuego
Contéplalo por doquiera,
Y es que en su pecho se alza
El grito de la conciencia.
Triste noche, triste noche;
Su calma el sueño le niega,
Y su alma entre tormentos
Se agita, de paz sedienta.
Y así vé de aquel mañana
Rayar la aurora funesta;
Tal la suerte es del impío
Que á Dios olvida en la tierra.

VI.

El juicio de Dios.

Es del templado Setiembre
Una silenciosa tarde,
De esas que lucen tan solo
En pueblos meridionales.
Brilla el sol, mas sus ardores
Mitigan blancos celages,
Y dar mas vida parece
Tibio y perfumado el aire.
Jaen se entrega al reposo,
Desiertas están sus calles:



EXCMO. SR. D. SERAFIN ESTÉBANEZ CALDERON.

tura de libros, que siempre deben ser una honra para ella.

Así como en la lengua árabe, también en nuestras letras ha formado escuela el Sr. Calderon trasmitiendo sus conocimientos á muchos jóvenes, alguno de los cuales como el Sr. Cánovas del Castillo (D. Antonio) ha llegado á los primeros puestos del Estado á fuerza de talento é inteligencia. Otros como los Sres. Cánovas del Castillo (D. Emilio) Simonet, Alix, Gimenez, Serrano y muchos mas que pudiéramos citar, ocupan un lugar distinguido en nuestra literatura.

Así, pues, concluiremos estos apuntes con las palabras de un biógrafo que al sentar que el paso de tan estimable escritor por nuestra literatura contemporánea no ha sido estéril, dice:

«Los estudios que ha hecho sobre la lengua, la vasta erudición que tiene de sus orígenes, y de todos nuestros escritores aunque no se reputen como clásicos, en las diversas épocas de nuestra literatura, muchos de ellos desconocidos y que duermen entre el polvo de nuestros archivos y bibliotecas, le han puesto en el caso de aprovecharse y de utilizar gran número de términos, frases, giros y primores de nuestra riquísima lengua, que poniéndose en circulación y resucitándolas, por decirlo así, del olvido, ha dado creces al idioma contemporáneo manifestando con el ejemplo que sin acudir al francés, se pueden expresar todos los sentimientos del alma, los mas recónditos, dar término á todos los objetos, perfilar todos los pensamientos y dar nomenclatura adecuada y castiza hasta á los descubrimientos del físico, del minero, del químico y del naturalista.»

El retrato que antecede dá una idea del talento de nuestro escritor, si bien incompleto, porque los años y padecimientos han borrado parte de su antigua y buena figura.

A pesar de todo conserva el natural buen

También dormitando el rey
Lánguido en su lecho yace.
Tras largas noches de insomnio
Descansa de sus afanes,
Mas su quietud es el brillo
De la luz al apagarse.
Vive y duerme, mas su pecho
De pavor con fuerza late,
Que aun en sueños le persiguen
Las fantásticas imágenes.
Presa de horribles visiones,
Agitado, delirante,
Ora los brazos levanta,
Ora débil, los abate;
Y es que hiriendo están su mente
Recuerdos de horror y sangre.

Mas súbito se dibuja
El terror en su semblante;
Tiembra cual reo de muerte,
Los cárdenos labios abre,
Y cual si presentes viera
Las sombras amenazantes
De acusadores severos
O de jueces implacables,
«¡Ay! piedad, piedad,» murmura
Con acento suplicante.
Mas, ah, que á su oído llegan
Estas palabras fatales:
—El que jamás piedad tuvo
Del cielo piedad no aguarde:
Tiembra, oh rey, que ya de vida
Te restan pocos instantes:
Ante el Tribunal Eterno
A comparecer prepárate.»
Y en el régio lecho en breve
Sin aliento, palpitante,
Fijos y abiertos los ojos
Que de espanto dan señales,
Lívida la faz severa,
Yerto y mudo contemplábase
Al desdichado monarca
Y horror causaba mirarle.

Dos horas despues, inquietos
Trasapaban los umbrales
Del alto alcázar sombrío
Caballeros y magnates,
Y en derredor del palacio,
Lleno de dudas y afanes,
En crecientes oleadas
Inmenso pueblo agrupábase.
En el balcon vióse á poco
Un heraldo presentarse
Y á la multitud silencio
Imponer breves instantes.
—El rey ha muerto, tres veces
Dijo con voz resonante,
Y sorda plegaria entonces
El pueblo lanzó á los aires.
El plazo estaba cumplido,
Dios castigaba al culpable;
Clara la inocencia era
De los nobles Carvajales.

VII.

La Cruz del Lloro.

Si pasas, lector, acaso
Alguna vez por la villa
Que de Martos lleva el nombre,
Y de la que fiel publica
Mil tradiciones la fama
Llenas de triste poesía,
Cabe el pie del alto monte
Verás una cruz sencilla
Que sobre gradas de piedra
En tosca columna erguida,
Del afligido es consuelo
Y de caminantes guía.
La llaman la Cruz del Lloro,
Y diz que fue construida
Para perpétuo recuerdo
De las lágrimas que un día
Vertió el pueblo á la memoria
De las dos ilustres víctimas
De un rey tirano inmoladas
A la venganza inaudita.
Doquier que tus pasos lleves,
Doquier que vuelvas la vista
De esta lamentable historia,
Hallarás páginas vivas.
De noche, cuando la luna
Al occidente se inclina,
Su tibia luz derramando
Por la desierta campiña,
Aun ver crearás, de la Peña

Sobre la escarpada cima,
De entrambos Comendadores
Las nobles sombras altivas,
Citando al cruel Monarca
Ante la eterna Justicia;
O tal vez en el mugido
Del viento, tu fantasía
Fingirá los tristes ayes
De multitud compasiva,
Que en pos de un fétetro llora
Una esperanza perdida.

Mas si sentir impresiones
Con su fiel relato ansias
Mejor que en largas historias
Y que en crónicas antiguas
Lo alcanzarás de los labios
Del pueblo, que siempre viva
Guarda la fe de sus padres
En las tradiciones mismas.
Pregúntale al buen labriego
De las comarcas vecinas,
Y él ante la Cruz del Lloro,
Con tosca voz mas sentida,
Del hecho mil accidentes,
Llenos de melancolía,
Te referirá, olvidados
Por los sábios y cronistas,
El te mostrará patente
De ambos Hermanos la digna
Actitud ante el monarca;
El la rápida caída
De la caja, y cómo el pueblo
Con ayes el viento heria:
El la admiración por último
Y el espanto de Castilla
Al saber del rey la muerte,
Del plazo al finar el día.
Y en tono franco aunque grave,
Con ruda forma y sencilla,
Este ejemplo presentando
De sana filosofía,
Te dirá, que el que soberbio
La cristiana ley olvida,
Al fin será castigado
De Dios por la justa ira:
Al escucharlos, tu alma
Sentiráse conmovida;
A otra region, á otros tiempos
La mente alzarás altiva,
Y al ver como el pueblo ama
Nuestra religion divina,
Comprenderás que aun la frente
Mostrar puede España erguida,
Luciendo en ella los lauros
De Lepanto y de Pavia,
Que la nacion que fiel guarda
Siempre grande, siempre digna,
Solo una fe, una bandera
Y un monarca que la rija,
Aun triunfar en cien batallas
Puede con noble osadía.

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

Abril, 1864.

¿QUÉ ES AMOR?

Dudando, Enriqueta, tu pura inocencia
Si amor, que aun no sientes, es dicha ó dolor,
Pretendes que diga mi amarga experiencia
¿Feliz pues lo ignoras? ¿qué cosa es amor?

¡Alzad de las tumbas, y al par de la brisa
Cruzad, bellas sombras, dejando el no sér!
La Estuardo, Francisca, Lucrecia, Eloisa,
¡Dementes sublimes! decid, ¿qué es querer?

—«Querer, un misterio,» comienza la Estuardo,
Que á dos funde en uno, partiendo uno en dos.»—
¿Qué son tus amores, amor de Abelardo?
—«Infierno de dichas, y cielo sin Dios.»

«No amar, siendo amada», prosigue, «no es
vida:
No ser nunca amante ni amada, es no ser;
Querer, el infierno, no siendo querida:
Mas, siendo querida, la gloria es querer.»—

¡Perdona, oh perpétuo pudor de la historia,
Perdona á mi musa, si evoca en tropel
Los nombres que fueron escándalo ó gloria.
Cleopatra, la Caba, Teresa, Raquel!

Dejad los sepulcros, falange divina,
Tomando á mi acento las formas de sér,
Elena, Artemisa, Judith, Mesalina,
¡Honor ó vergüenza! decid, ¿qué es querer?

Decidme si es fiebre que el alma envenena,
O solo un deleite que se une al pudor:
Semíramis, Safo, Ninón, Magdalena,
¡Falsárias eternas! ¿qué cosa es amor?

Teresa la santa, mas bien la divina,
—«Amor,» dice, «junta ternura y deber.»
—«Amar es,» replica la vil Mesalina,
«Hallar el descanso, cansando el placer.»

—«Amor pierde,» dicen la Caba y Elena,
«La fe y patria siempre, los goces jamás.»
—«Es,» dice, gimiendo de amor Magdalena,
«Gozar mucho, y luego llorar mucho mas.»—

Y Safo, con fiebre de amor que no espera,
—«Morir por quien se ama,» prorumpe, «es
querer.»
—«Es cierto,» responde Lucrecia altanera:
«Morir por quien se ama, si se ama el deber.»

—«Vivir en la mente,» prosigue Artemisa,
«De aquel que amó mucho, y amó porque sí.»
—«Vivir siempre en otro,» murmura Eloisa.
Semíramis dice:—«Vivir otro en mí.»

—«¡Hablar con el aire!» de amor satisfecha,
¡Mal haya su boca! prorumpe Ninón:
«Amores sin crimen son sueños sin fecha:
Pasión que no afrenta, no es digna pasión.»—

¡En fin! ¿halla el que ama, la gloria ó el
infierno?

¡Aquí las perjuradas! ¡Las fieles aquí!
Decidme, en resumen, lo que es ese eterno
Deseo que miente, mintiéndose á sí.

—«¡Morir!» dice Safo. Francisca—«¡el incesto!»
Teresa—«¡aquel místico amor del amor!»
Judith y Lucrecia—«¡gozar con lo honesto!»
Cleopatra—«¡la orgía!» Raquel «¡el pudor!»

¡Silencio! así al mundo volvieron demente;
Aun dudan hoy locas, más locas que ayer,
Si amor dá delicias, ó si es solamente
Perder la ventura buscando el placer.

¡Huid! falsas dueñas de todos los dueños
Que el mundo anegaron en llanto por vos,
Que haceis de la vida ya un sueño de sueños,
Que haceis de la carne ya un monstruo, ya un
dios.

¿Amor en vosotras es todo, ó no es nada,
Verdad ó mentira, virtud ó placer?
—Odiosa falange del mundo adorada,
Pues sois siempre un caos, ¡tornad al no sér!

¡Maldito aquelarre de diosas, que ignora
Si amor cura ó mata, si afrenta ó dá honor!—
Ya oíste, Enriqueta; si sabes, ahora
Responde tú misma: ¿qué cosa es amor?

RAMON DE CAMPOAMOR.

UN DRAMA EN ALTA MAR.

NOVELA ORIGINAL

POR

D. SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

(Continuacion.)

Arturo le entregó un estuche que contenía una hermosísima pipa de espuma de mar con boquilla de ámbar.

—La acepto, no porque crea en vuestro presentimiento, sino para tener un recuerdo de un buen compañero que me ha dispensado su amistad.

—Y vos, mi querido Amadeo, tomad esta friolera que ya de otro modo os tengo presente. Y Lara quitó un dígito á su leontina y se lo entregó. Era una cruz de oro y rubíes. Ahora marchemos.

La noche estaba oscurísima. Las olas del Océano empezaban á encrespase agitadas

por los vientos. Todo anunciaba una próxima tormenta, los relámpagos se sucedían con rapidéz y los truenos se oían ya mas cercanos.

Lord N..., acompañado del doctor y del caballero Brunski, esperaba en el sitio designado. Llevaba sobre su trage un gaban impermeable por debajo del cual asomaban las puntas de dos afiladas espadas.

—Buenas noches, señores, dijeron los tres coroneles.

Lord N... no contestó, sacó las espadas y las presentó á los padrinos. Estos las examinaron detenidamente y despues de haberlas medido entregaron una á cada adversario.

—Señores, dijo Lara, me bato porque el señor con su orgullo nacional ha insultado á mi nacion y además me ha insultado á mí. En cuanto á las últimas ofensas se las perdono porque no le quiero mal alguno, pero respecto á lo primero voy á demostrarle que el valor de los españoles es superior al de los ingleses.

—En guardia, dijo lord N....

—Cuando gusteis, repuso Lara.

Y las dos espadas se cruzaron.

Empezó el combate. Lord N.... á su sangre fria reunía las condiciones de un diestro tirador como uno de los discípulos mas aventajados de Grissier; pero tenía que habérselas con un puño de hierro, y al ponerse en guardia Arturo comprendió que su rival, si no le aventajaba en destreza, era por lo menos tan práctico en el manejo de la espada como él.

Lord N... le acometió, pero Lara, imperturbable, se mantenía á la defensiva. Despues de contestar Arturo á tres estocadas seguidas que le dirigió lord N.... le envolvió en un desarme tan hábilmente ejecutado que la espada de éste fue á parar á ocho pasos de la línea del combate. Lord N... se precipitó sobre ella y se puso de nuevo en guardia. Arturo levantó la suya con la nobleza que dá el verdadero valor.

—Milord, dijo el caballero Brunski, vuestra vida en buena ley es del coronel Lara.

—Dejad, no importa, continuaremos, dijo éste.

El combate continuó. Los aceros se cruzaron de nuevo. Parecían dos culebras de fuego que contrastaban con la electricidad que cruzaba el espacio.

Los relámpagos se sucedían con rapidéz. En el cielo zumbaba el trueno; sobre la cubierta del *Caradoc* rechinaban los aceros.

Arturo acometió á lord N... con ímpetu y á los pocos momentos la espada del inglés volaba de su mano. Lara mas pronto que su contrario, se avalanzó y puso su pié encima del acero. Lord N... estaba desarmado otra vez.

—Caballero, vuestra vida es mia; pero os la perdono, no quiero mataros en el momento en que Dios nos recuerda con su poder que es suya la de todos los hombres.

—¡Mi vida vuestra! gritó lord N... os equivocais, la vuestra si que va á terminar á mis manos.

Y lord N... que habia sacado un pequeño revolver del bolsillo sin haberlo observado nadie, lo hizo girar por tres veces, disparándole á Lara casi á boca de jarro tres de sus tiros. Arturo soltó su espada, llevó las dos manos al pecho y sin exhalar un quejido, cayó sobre cubierta. Cuando lord N... iba á disparar el cuarto tiro, una mano de acero se apoderó de la suya y le desarmó.

—Así proceden los asesinos, gritó el coronel Laubespierre. Pero ahora vereis cómo castigan los caballeros. Cojed esa espada, vive Dios, y vereis como noble y lealmente matan los hombres de honor. En guardia, cobarde, os cruzo la cara.

Lord N..., al que llamaremos desde ahora asesino, comprendió que no le quedaba mas recurso que defender su vida si no queria ser

muerto por el irritado francés. Empuñó la espada, y un nuevo combate se empezó. El doctor y Brunski se habian lanzado sobre Lara, lo habian cojido y lo trasportaron á su camarote.

La tempestad empezaba á descargar con furia; el *Caradoc* habia perdido ya su marcha uniforme. Al movimiento de trepidacion, habia reemplazado un vaiven de babor á estribor, que era el impulso que daba al buque el fuerte oleage que reinaba.

El combate continuaba con el mismo furor, á pesar del movimiento irregular del buque que hacia salirse de la línea á los combatientes. El trueno retumbaba sobre sus cabezas. La ira de Dios amenazaba con su castigo al nuevo Cain.

El coronel Rakowski presenciaba esta escena impasible, puesta la mano en la empuñadura de su sable.

XII.

El recurso de la fuerza.

La tormenta continuaba descargando con mas furia y al par de ella el combate entre el coronel francés y el inglés asesino.

Amadeo de Laubespierre era una buen espada, pero estaba ciego de cólera por el vil asesinato de su amigo Lara, y dominado por ella asestaba una granizada de estocadas á lord N.... que á haber estado el mar en calma y no ser tan irregular el movimiento del buque, hubiera muerto ya cien veces por los golpes de su adversario. Sin embargo, comprendió que á pesar de su ligereza y sangre fria tenía desventaja, porque ya se iba cansando de esgrimir la espada al paso que su contrario se hacia dueño de la situación y por consiguiente de su vida, que sabia muy bien no se la perdonaria como habia hecho el generoso Lara. En estas circunstancias el que habia cometido ya una infamia no vaciló en cometer la segunda. A un agudo silbido suyo aparecieron sobre cubierta el capitán revolver en mano acompañado de ocho marineros armados y dos mas con grandes linternas sordas.

—En nombre de la ley, rendid armas y entregaos presos, dijo el capitán interponiéndose entre los combatientes.

—Miserable, exclamó Rakowski, esto solo faltaba para probarnos tu cobardía. Pero no has de salir con la tuya. Aquí, mis cosacos, gritó con todos sus pulmones.

Cien hombres pistola y sable en mano se presentaron y rodearon al capitán y á sus marineros.

—Caballero, dijo Rakowski adelantándose y dirigiéndose al capitán, se trata de castigar un asesinato cometido por vuestro compatriota lord N.... cuando su contrario con la mas grande hidalguía le habia perdonado la vida que con su espada habia ganado. Si se ha faltado á la ley batiéndose á bordo contra los reglamentos que lo prohiben, se ha faltado mucho mas cometiendo un alevoso y premeditado asesinato; ¿y por quién? Por uno que se llama lord N... y que se titula conde. ¿Greeis, capitán, que así obran los caballeros?

—Yo no sé qué decir, contestó confundido el capitán, pero lo único que puedo asegurar es que mi obligacion me ordena el impedir los duelos á bordo y que el continuado choque de las espadas me ha denunciado uno que he corrido á evitar enseguida.

—Mentís, capitán, respondió Rakowski, rojo de cólera: decid mas bien que habeis acudido al llamamiento de un cobarde, y el que auxilia á los cobardes es aun mas cobarde que ellos.

—Caballero, dijo el capitán, estais bajo mi autoridad y os podrian pesar las palabras que habeis pronunciado.

—¿Bajo vuestra autoridad, yo que cuento con la fuerza? ¡Qué equivocado estais, vos si

que sois el que vais á recibir órdenes mías; que tendreis que cumplir mal que os pese, si no quereis habéroselas con mis cosacos y que los tribunales de vuestro país os castiguen como cómplice de un asesinato!

—¿Pero qué pretendéis?

—Pretendo que continúe el combate entre el asesino y el vengador, ya que á los caballeros no les sea permitido egercer el oficio de verdugo para castigar un homicidio con circunstancias tan agravantes. Lord N.... continuará la lucha con M. de Laubespierre hasta que uno de los dos sucumba, y si la suerte designa al generoso amigo del coronel Lara, su asesino quedará libre de batirse con nadie mas, pero será entregado á los tribunales para que castiguen su crimen. Pero si por lo contrario la justicia de Dios castiga al criminal, su crimen quedará oculto para el mundo y su nombre no pasará á la posteridad deshonrado.

—Yo no puedo acceder á eso, dijo el capitán.

—Accedereis, porque su excelencia el príncipe Alejo Wasilioski responde de todas las consecuencias desde este momento.

A este nombre, que representaba un poder grande, casi universal, el capitán calló y nada mas tuvo que objetar.

Rakowski, revestido de la mayor energía en aquellos momentos, habia llegado á imponer al capitán, que tuvo que darse á partido.

—Ahora, querido colega, podeis continuar, dijo á Laubespierre. Y vos, capitán, quedaos, porque falta un testigo y tengo además interés en que veais por vos mismo que se procede con la mayor nobleza. Haced retirar á vuestros marineros, que no nos hacen falta.

Los marineros, que habian permanecido algo separados del grupo principal, se retiraron á la primera orden de su capitán.

Rakowski se dirigió á sus cosacos y les habló en ruso. Despues de esto desfilaron hacia proa, quedándose solo seis allí.

—Capitán, registrad los bolsillos de lord N... no sea que guarde otro revolver para asesinar á M. de Laubespierre como ha asesinado al coronel Lara.

Lord N..., que quedó aterrado del resultado que habia tenido su intriga de cobarde, conoció la realidad de su situación, y encontrándose culpable calló y se dejó registrar por el capitán.

—Nada tiene, dijo éste.

—Pues continuemos, dijo Laubespierre, que hasta entonces habia permanecido callado y dejado obrar á Rakowski.

Lord N... volvió á recobrar algo de su sangre fria, y resuelto á morir ó matar saludó á su adversario con toda regla y se puso de nuevo en guardia; Laubespierre, ya mas sereno, le imitó. La tempestad iba amainando.

XIII.

El dedo de Dios.

Imponente era la escena que ocurría sobre la cubierta del *Caradoc*. Dos hombres con evidentes deseos de matarse se dirijían sendas y continuadas estocadas; los aceros arrojaban chispas y el campo del combate era alumbrado de cuando en cuando por los relámpagos que brillaban en el horizonte.

Laubespierre era rápido en sus ataques, pero lord N... era pronto en la defensa y su acometida era dolosa é intencionada. El combate duraba ya mas de tres cuartos de hora sin que por una ni otra parte hubiesen recibido ni siquiera un arañazo. Ya no podia prolongarse mucho tiempo esta situación.

Lord N..., jadeante de cansancio, se replegaba ya á un ángulo ya á otro, pero sin descomponerse. Laubespierre era por momentos mas vivo, mas enérgico en sus ataques;

estaba conocida ya la ventaja por su parte, aunque la buena defensa de lord N... y su mucha práctica en la espada imposibilitaba sus acometidas. El cansancio solo podía darle la victoria.

La toldilla de popa se hallaba rodeada de una barandilla de bronce dorado formando preciosos arabescos. En el centro mismo de popa se abría un pequeño rastrillo que servía para embarcarse en el bote que ordinariamente se hallaba amarrado allí. Aquella noche no estaba.

Acosado lord N... por las fuertes acometidas de su contrario, por no acorralarse él mismo, se situó en el centro dispuesto á aprovechar el mas pequeño descuido para irse en seguida á fondo. Pero apenas se había apoyado en la barandilla cuando abriéndose de repente el rastrillo que por algun descuido había quedado abierto y al propio tiempo que se resguardaba de dos segundas que le dirigia Laubespierre, perdió lord N... el punto de apoyo y cayó de espaldas en el mar.

A tan inesperado suceso Laubespierre y Rakowski quedaron atónitos; el capitán, mas acostumbrado á estos casos, gritó con voz estentórea:

—Un bote al agua, enseguida, que ha caído un pasajero al mar.

Esta operacion fue hecha en cinco minutos. El capitán y cuatro marineros con antorchas encendidas bajaron á él. Los maquinistas recibieron orden de disminuir la velocidad. Hicieronse pesquisas y de ellas resultó encontrar á lord N... pero sin conocimiento. Subiéronle sobre cubierta, acudió el médico de la tripulación y despues de varias tentativas para volverle á la vida, declaró ser ya cadáver.

El doctor Walter, que había acudido á saber el resultado del nuevo duelo, les anunció que el coronel Lara vivia aun, pero que no podia responder de su vida. Enterado del suceso ocurrido pasó á reconocer el cadáver de Lord N... y formuló la siguiente opinion.

Lord N... al caer al mar había sido empujado por las olas bajo la quilla del buque, el hélice le había fracturado dos costillas, una de las cuales le había atravesado el corazón de parte á parte. Los hechos confirmaron esta opinion. Al dia siguiente al hacer la autopsia al cadáver con el permiso de Lady N... se vió que efectivamente era cierta la apreciación del doctor Walter.

La muerte de Lord N... fue atribuida por todos á una desgracia casual, cuando había en ello tanto y tanto de providencial, que indudablemente podía verse en ello el dedo de Dios que castigaba á un cobarde homicida en cuyo corazón se anidaran tan sanguinarias pasiones.

Lady N... derramó algunas lágrimas cuando se lo noticiaron y se revistió de grave resignación, calificada por muchos de heroica.

Irma desde que supo el estado del coronel Lara y circunstancias que lo habían motivado, no había cesado de orar y llorar. Una de sus doncellas le comunicaba noticias cada cinco minutos.

El príncipe estuvo junto al lecho del pobre coronel desde los primeros momentos; despues se retiró recomendándose con verdadero interés al doctor Walter. Este y el caballero Brunski no lo abandonaban. El pobre Meliton obedecía las órdenes que el doctor le comunicaba y no se separaba tampoco del lado de su amo. Rakowski y Laubespierre se instalaron en el camarote de Lara reemplazando al diplomático que se retiró á descansar. El príncipe puso á la disposición del doctor á sus ayudas de cámara, excepto uno que tenía la comision de llevarle de cuando en cuando noticias sobre el estado del herido.

Cerca del amanecer recobró Lara el conocimiento. Tenia tres heridas en el pecho; una de ellas inmediata á la region del corazón ofrecia bastante cuidado al doctor Walter,

que sospechaba hubiese interesado algo tan importante órgano. El autor de ellas ya no existia. La espiación no había tardado en seguir al crimen.

XIV.

Esperanza y Consuelo.

Los acontecimientos de que había sido teatro *El Caradoc* quedaron envueltos en el mayor misterio. Para todos los que no habían presenciado la provocación y desafío de lord N... y del coronel Lara, fue atribuida la muerte del primero á una desgracia casual y las heridas que tenían al segundo entre la vida y la muerte á una indisposición cualquiera. Lord N... por su cualidad de alto funcionario se escapó de la suerte ó costumbre que depara una sepultura en el fondo del mar á todos los que mueren en una larga navegación. Practicado su embalsamamiento, gracias al bien provisto botiquin del príncipe Wasilioski y á la acertada cooperacion del doctor Walter, fueron relegados sus restos á la sentina del buque encerrados en sus correspondientes cajas.

La situación de Arturo continuaba siendo gravísima. Los esfuerzos casi sobrehumanos que el doctor Walter oponia á la decisiva crisis con que iba á resolverse su salvación ó su muerte, surtieron el efecto que se deseaba. Las heridas entraron en un período mas favorable, desde luego que comprendió el doctor que no habían interesado el corazón ni ningun órgano importante.

Lady N... se informaba tambien del estado del herido, al que no abandonaban M. de Laubespierre ni el coronel Rakowski. El príncipe y el caballero Brunski pasaban tambien las horas á su lado. Irma dirigia continuas plegarias al cielo para que le conservase la vida de Arturo que ya era la suya.

Cuando despues de una lucha en la que el doctor disputó á la muerte palmo á palmo la existencia del noble Arturo, declaró aquel que entraba en la convalecencia, volvió á renacer la alegría y el contento para Irma y la tranquilidad para todos los demás.

El enfermo ya salia á respirar el aire sobre cubierta acompañado siempre de M. de Laubespierre que con frecuencia cedia su papel de enfermero á la bella Irma que prodigaba á Arturo sus cuidados con aquella angelical bondad que conquistaba las voluntades mas rebeldes. Todos rodeaban al convaleciente y le animaban sin cesar, todos menos lady N... que retirada en su camarote cumplia la ley que las costumbres inglesas imponen á las viudas de vivir retiradas de todo trato los primeros dias de su viudez.

A pesar de eso lady N... no dejaba de informarse todos los dias de los progresos del convaleciente, y aunque aparentaba haber sentido la muerte de su esposo, en su interior se felicitaba de verse libre del terrible lazo que la unia á lord N... que aunque la asediaba continuamente con la peticion de su amor, había sido brutal con ella muchas veces por lo mismo que ella le confesaba con franqueza la imposibilidad que encontraba en su corazón para que le amase como él deseaba. Lady N... al encontrarse viuda alimentó en seguida la esperanza de recobrar el amor de Arturo, y con esta idea pasados los primeros quince dias volvió á darse á luz en el puente del *Caradoc*.

Cuando Arturo vió á Lady N... por primera vez despues de los sucesos ocurridos, sintió un estremecimiento en todo su cuerpo al contemplar los lutos que vestia.

Estaba sentado en la toldilla de popa casi en el mismo sitio en que la cobarde acción de Lord N... lo puso en peligro de muerte; por casualidad se hallaba solo, hojeando un elegante volumen, el D. Juan de Byron; Lady N... corrió á él risueña, contenta, se sentó á su lado y le cogió una mano.

—Arturo, dijo, he sido muy culpable, lo sé; pero te amo, te amo mucho. ¿No habrá en tu corazón un poco de compasion y amor para tu Leonor, que no ha dejado de amarte, aunque su vanidad la haya impulsado á los brazos de otro hombre?

Arturo temblaba. Al contacto de aquella mano que tantas veces había estrechado con amoroso delirio, un fuego desconocido circuló por sus venas y su corazón latió con mas violencia. Lady N... continuó.

—Arturo, soy libre, Dios se ha compadecido de mi dolor, de mis lágrimas, y ha roto el vínculo que me unia á un hombre que nunca he amado, te lo juro. El corazón de Leonor es tuyo, nunca ha dejado de serlo, aunque me has humillado con tus desprecios, aunque me has abrumado con tu indiferencia; te amo ahora como te he amado siempre. ¿Y tú, Arturo, me amarás un poco?

(Se continuará.)

Por todo lo no firmado:
LUIS FABRA Y CAVERO.

EL MUSEO LITERARIO.

IMPORTANTE.

Estando en prensa el *Almanaque ilustrado* que regalamos á nuestros suscritores perpétuos, advertimos á los que no lo sean que pueden tener opcion á él, abonando el importe de los meses que les faltan hasta el completo del año.

Los señores suscritores que se encuentran en descubierto de sus pagos, los harán efectivos antes de finalizar el presente mes si no quieren sufrir perjuicio en el recibo de los números y *Almanaque* que pueda corresponderles.

Redaccion y Administracion: Congregacion, 1, 2.º izquierda.

GEROGLÍFICO.



La solucion en el próximo número.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.